

Más Allá de las Ideas: Guardianes de la Llama - Zeke Fumihiro

Un sofocante grito me despertó, el eco del desgarrador sonido rebotaba entre las heladas paredes de la cueva donde pasamos la noche. A mi costado, Dante se encontraba sentado, comprobaba su cuerpo como si le faltara algo. Su espalda era como un charco después de la lluvia. La mirada en sus ojos reflejaba el horror de una pesadilla que yo conocía muy bien. Mis manos reaccionaron instintivamente, toqué su pecho intentando calmarlo, podía sentir su acelerado corazón a través de su piel color café. Sus ojos se encontraron con los míos.

—Estoy aquí, cariño —mis dedos dibujaban círculos en su pecho—, estoy contigo.

—Lucía... yo —llevó su mano hacia su cabeza, su respiración era entrecortada—, tuve ese sueño, el que me contaste.

—¿Quieres hablar de ello? Quizás te ayude a calmarte un poco —mi voz temblaba ligeramente.

Frente al calor de la fogata, Dante comenzó a narrar aquello que me acosaba hace semanas. Quienes nos amaron alguna vez comenzaban a mirarnos diferente. Ya no había amor, sino deseos perversos. Sus manos nos tocaban con desesperación, recorrían nuestros cuerpos sin permiso. A veces sentíamos golpes, insultos, escupitajos. Las palabras que pronunciaban atravesaban nuestra alma cual flechas, éramos vistos como meros objetos descartables. No eran las personas que acompañamos durante años, algo los corrompió, y Padre ya no estaba para guiarlos.

Nunca había visto su rostro así. Sentía miedo como cualquier humano, pero esta vez reflejaba la desesperación de un animalito que no podía escapar de su depredador.

—Intentemos recordar aquellos momentos cuando Padre nos creó —tomé su rostro con ambas manos.

—Cuando nos nombró —susurró, acercando su frente contra la mía—, y nos encomendó su sueño por misión.

—Sí, ese bello jardín al cual volveremos pronto —dije con la angustia materializándose en mis ojos.

Sonreímos. Intentó ocultar sus lágrimas, pero lo conocía lo suficiente. Le gustaba hacerse el fuerte, creía que su deber era cargar con el peso de ambos.

Nos recostamos sobre nuestra cama improvisada, esta vez fui yo quien lo abrazó. En pocos minutos, su respiración se normalizó y logró conciliar el sueño. Esa noche, mi deber era protegerlo.

Desperté con el aroma del desayuno envolviéndome, un perfume que podría saborear por la eternidad. Dante me miró con esa dulzura que lo caracterizaba. Un escalofrío recorrió todo mi ser al poner un pie sobre el helado suelo. Caminé hacia nuestro equipo, me vestí con una de mis túnicas mágicas y un calzado cómodo. Percibí un leve movimiento entre la armadura de Dante y mis grimorios. Descubrí que se trataba de la lámpara que resguardábamos. *Aún está encendida*, pensé tras dejar escapar un suspiro.

En ocasiones, una voz familiar se proyectaba desde la pequeña llama dentro de la lámpara. Nos decía que debíamos llevarla al lugar de nuestro origen. Llevamos meses viajando, pero la corrupción del mundo nos lo ha dificultado. Quizás fuera la última esperanza de restaurar el diseño original de Padre.

—¿Cómo estás? —preguntó, mientras servía un poco de comida en unos cuencos.

—Estaré bien cuando todo regrese a la normalidad —me senté en el suelo, a su lado—, ¿Y tú, te encuentras mejor?

—Imposible no estarlo mientras estés conmigo —sonrió antes de tomar mis manos con delicadeza y colocar un cuenco en ellas.

—Siempre tan caballeroso —se me escapó una sutil risa.

Mientras comíamos, Dante me contó que intentó cazar algo para el desayuno, pero lamentablemente no encontró ningún animal en los alrededores. El suelo no dejaba de marchitarse gradualmente; los árboles ya no daban frutos. Estaban desnudos. Lo que antes era un bello bosque hoy parece un cementerio; no se escuchaban las aves cantar, sino un tenebroso silencio. Todo aquello que alguna vez fue perfecto terminó reducido a un páramo inhabitable.

Apenas vaciamos los cuencos, Dante se vistió de su armadura y cargamos el equipo en nuestras espaldas. Con armas en mano retomamos nuestro viaje. Un viento seco nos dio la bienvenida en cuanto pusimos un pie fuera de la cueva. Mis ojos se detuvieron sobre aquellos árboles marchitos que en un pasado rebosaban de vida.

—Según mis cálculos llegaríamos mañana antes del mediodía —dije, revisando mi brújula.

—Lu... ¿crees que el espejo siga allí? —noté la duda en su semblante.

El espejo... Qué recuerdos me trae, allí comenzó todo. Padre nos bautizó como Lucía y Dante, nos dio una misión. No puedo evitar preguntarme qué pensaría él si viera el estado del mundo al que dio vida con sus temblorosos trazos.

—Debe estar allí, la conciencia de un autor siempre se materializa de alguna forma —lo golpeé ligeramente por dudar—, estoy segura del valor que el espejo tenía para él.

—Lo siento, yo debería ser quien te calme —su voz temblaba, pero no tardó en recuperar el entusiasmo.

—No te preocupes —mi mano abrazó la suya, su mirada se fijó sobre mí—. Yo estoy para ti, tú estás para mí, somos uno.

Repentinamente me rodeó con sus fuertes brazos, podía sentir la vulnerabilidad a través de las placas de acero, pero también su determinación a recuperar nuestro mundo.

Conforme avanzábamos, mis botas comenzaban a bañarse del polvo. Unas repentinas nubes aparecieron en el todavía resplandeciente cielo. Aceleramos el paso al considerar la posibilidad de lluvia. En la distancia, avistamos una grieta en el suelo. Al llegar, notamos la envergadura que separaba las masas de tierra. El interior era un abismo sin fondo visible, probablemente provocado por la corrupción.

Extendí mi mano con mi báculo hacia la diestra: ¡Puente Relámpago!

Un fugaz relámpago apareció e invocó un sendero mágico.

—No sabía que podías crear puentes con tu magia —cuestionó mientras avanzábamos, fingiendo una tos.

—Si prestaras atención a algo además de tus músculos, sabrías todos mis trucos —respondí, cruzando los brazos.

—Bueno, es fácil distraerse con tu preciosa cabellera dorada —su ironía me sacó una sonrisa—. O tus ojos azules como el mar.

—Eres un idiota —me volteé a verlo. Ambos reímos.

Parecíamos niños, bromeando y riendo aún en una situación delicada. No podía sentirme mal. Después de todo estaba en nuestra esencia, en el alma que Él nos otorgó.

En cuanto pusimos un pie de vuelta en tierra, el aire se volvió más denso. Mi piel se erizó frente al inquietante ambiente. Dante avanzó con pasos nerviosos, posicionándose defensivamente.

—Algo nos observa —dijo, atento a cada detalle de nuestro alrededor—. Quédate detrás de mí.

Un agudo chillido resonó entre las rocas y los árboles que nos rodeaban. El frío viento recorriendo nuestros rostros nos mantenía tensos. Era difícil ubicar el origen del perturbador sonido.

—Aquí viene —dio un salto hacia mi derecha, un violento ruido me alcanzó tras el impacto contra su escudo, Dante contraatacó con todas sus fuerzas sobre la criatura en el suelo—. ¡Son gules!

Eran criaturas esbeltas, de apariencia humanoide aunque con origen demoníaco. Actúan en manada como animales buscando humanos para cazar. Su capacidad regenerativa los vuelve objetivos difíciles para quien no los enfrenta preparados.

—¡Retrocede! —grité. Dante reaccionó de inmediato.

Alzando mi báculo hacia arriba: ¡Escudo Sagrado!

Una barrera sagrada nos refugió de las bestias. Su carne se quemaba al embestir contra mi magia, y aunque gemían de dolor, seguían insistiendo. Sin embargo, uno de ellos era diferente, permanecía inmóvil, mirándonos con una frialdad inquietante.

—Mira eso —señalé a la infame criatura—. Mi magia no resistirá para siempre, tendremos que pelear.

—Mis armas no les harán daño, ¿Recuerdas alguna técnica de encantamiento? —me ofreció su espada y escudo.

Asentí, pero había algo que no podía quitarme de la cabeza. Durante nuestra primera aventura, la que Padre creó para nosotros, habíamos erradicado a todos los gules. La lámpara en mi espalda comenzó a agitarse, me distraje por un instante, pero decidí ignorarla ya que la situación era complicada.

Casi media hora después logré implantar runas en el equipo de Dante, confiando en que durarán lo suficiente para acabar con ellos. Tras planificar, alcé mi báculo y activé uno de mis hechizos: ¡Resplandor Divino!

Las criaturas cubrieron sus ojos y comenzaron a gritar en cuanto el destello los alcanzó. Aprovechando esa franja de tiempo, Dante liberó su violencia como guerrero al masacrar demonio tras demonio con sus golpes contundentes y certeros. Utilizando un hechizo para invocar una lluvia de bolas de fuego acabé con varios enemigos. Mi próximo objetivo era el inusual gul. No dejaba de retorcerse en el suelo, me dispuse a desintegrarlo con un torrente de llamas sagradas. Sin embargo, algo me detuvo en medio de la canalización. Una extraña voz provino desde mi espalda.

—Sal... va... nos —sonó como un humano, la lámpara se agitaba con cierta desesperación.

Mi mente se puso en blanco. Permanecía inmóvil apuntando con el báculo y escuchando la batalla que se estaba dando a mi alrededor. Mis piernas sucumbieron ante el miedo. Los gritos desesperados de Dante me pedían que reaccione, mientras él intentaba liberar su espada de uno de los cadáveres. Poco a poco la criatura se recuperó frente a mí, al erguirse rugió con voracidad. Corrió desesperadamente en mi dirección con un instinto asesino.

Por un instante, contemplé mi vida pasar frente a mis ojos, todas las aventuras y experiencias al lado de mi compañero de viaje. El calor de la sangre desprendida alcanzó mi rostro. Dante permanecía delante mío, su escudo fue atravesado, y con él, parte de su hombro izquierdo. El líquido carmesí recorría su cuerpo mientras la criatura gritaba de dolor por el encantamiento en el escudo. La situación se volvió una competencia de quien presionaba con más fuerza. El gul cedió primero cuando su brazo se incendió. Rápidamente, Dante tomó la ventaja y derribó al demonio. Sus golpes le habían sometido, cada ataque era más lento que el anterior, pero cargaba con una ira sanguinaria que nunca había visto. El cráneo de la criatura se reventó, Dante cayó a un lado.

Al verlo en el suelo intentando ocultar su dolor, mi cuerpo se recompuso, pero reaccionó con torpeza.

—¡Dante! —corrí a su lado con desesperación.

—Tranquila, Lu —su respiración era entrecortada, su voz igual—. Estoy bien.

—¡No lo estás! Y... es mi culpa —las lágrimas brotaron de mis ojos, busqué con desesperación los vendajes de mi mochila.

—Es una pena que no sepas magia curativa —reía para inmediatamente toser.

—Idiota, no te sobreesfuerces —comencé a vendarlo con mis temblorosas manos.

Descansamos unas horas. El olor a carne quemada y sangre me provocaba náuseas, debía soportarlo hasta que él pudiera caminar. Fue entonces cuando me cuestionó por mi parálisis, y tuve que contarle.

—Espera... ¿salvar a quién? —preguntó, mientras yo dirigía la mirada hacia uno de los cadáveres.

—Llevo un rato pensándolo, no deberían existir los gules en esta tierra, ¿no? —cuestioné, noté cómo su rostro se transformaba, como si hubiera descubierto algo—. Cuando comenzamos el viaje, oímos que algunos ciudadanos se habían convertido en fangos al sucumbir ante las pesadillas y olvidar su identidad, ¿recuerdas?

—¿Eso quiere decir... que maté a inocentes? —dijo, su voz temblaba al mismo tiempo que sus manos. Su rostro se tornó sombrío—. ¿Acabé con la vida de gente como nosotros? —gritó.

—¡Yo también maté a varios! —la rabia salió desde mi interior, golpeé el suelo sin darme cuenta.

—Perdón —su semblante cambió a uno más amable—, no te sientas juzgada por mí. Es solo que no puedo asimilarlo.

—Lo siento, yo tampoco debí gritarte —me acerqué a él, abrazándolo en el suelo—. Esto no es nuestra culpa.

—Tienes razón —dijo, con las cejas fruncidas—. Es de los lectores, ellos comenzaron a vernos con otros ojos.

Los lectores... pensé, mientras recordaba las épocas en que nuestra historia fue aclamada por niños y adolescentes de todo el mundo de Padre. Él había cumplido su sueño como autor, pero cuando su vida llegó a su fin, sus ideas murieron junto a él. Fue

cuestión de tiempo que dejaran de mirarnos con ternura. El hambre en sus ojos fue suficiente para romper nuestro mundo.

—No tiene sentido que pensemos en eso; el problema está en sus corazones y Padre lo sabía —acaricié su rostro intentando calmarlo—. Nuestro objetivo es regresar al jardín, quizás allí podamos solucionar esto.

—Después de todo, somos los guardianes de la llama —comenzó a pararse con cuidado—, ¿no es así?

Asentí, intercambiamos una sonrisa que evocaba más tristezas que alegrías.

La herida de Dante nos retrasó considerablemente. El sol se escondía y debíamos encontrar un lugar seguro para pasar la noche. Avanzamos cuanto pudimos al ritmo que la luna ascendía. Como si de un milagro se tratara, encontramos un enorme árbol hueco, probablemente utilizado por alguna especie animal en el pasado. Ingresamos con cierta dificultad y una vez allí me tocó hacer una fogata para sobrevivir al frío nocturno. Al menos mi magia facilitaba este tipo de tareas. Sin embargo, mis habilidades culinarias no eran tan buenas como las de Dante. Preparé la cena con los pocos ingredientes que nos sobraban desde la mañana.

—Cariño, ¿qué crees que pensaría Padre de nosotros ahora? —me senté junto a él, extendiendo una manta y ofreciéndole la cena.

—Supongo que estaría orgulloso —respondió, antes de probar mi comida.

—A veces extraño hablar con él —mi voz se quebró ligeramente, recosté la cabeza sobre su hombro—, no puedo evitar llorar al recordar el momento de nuestra creación. Cuando su mano trazaba cada detalle de nuestro cuerpo en su cuaderno.

—¿Sabes? Jamás llegué a agradecerle —me rodeó con su brazo sano, pude sentir su calidez.

—¿Agradecer qué? —pregunté inocentemente.

—Por la compañera que me dio —su radiante mirada construyó un puente con la mía.

No pude evitar besarlo, su cursilería siempre me atrapó. Juntos disfrutamos del cielo estrellado a través del hueco en el árbol, ya que existía la posibilidad de que fuera la última vez que lo viéramos.

El sol nos despertó a primera hora, decidimos salir pronto para recuperar el tiempo perdido. Durante el camino, atravesamos un pueblo diezmado. Algunas casas tenían sus paredes derribadas, otras tenían manchas de un tinte carmesí. Las calles de piedra mostraban señales de que alguna clase de batalla se había desarrollado allí. El hedor de la muerte atacaba nuestro olfato. Un silencio perturbador reinaba la plaza del poblado, en ella yacía una masa gelatinosa de color verde opaco, un fango. No se inmutaba ante nuestra presencia. Simplemente esperaba a que alguien tuviera la desdicha de pisarlo. La lámpara reaccionó nuevamente como con los gules, solo que con menor intensidad.

—Probablemente sea uno de los habitantes del pueblo —señalé a la criatura con mi báculo.

—Puede que los gules de ayer también sean de aquí —mordió sus labios, dejando escapar un poco de sangre—. Tenemos que encontrar el espejo, no podemos fallar —dijo con la determinación de un héroe.

—Sigamos, no debería de faltar mucho —avancé primero. Mi corazón no soportaba estar en un escenario como este.

Continuamos avanzando durante unos kilómetros hasta que empezamos a ver el color del suelo cambiar. Árboles vestidos de hermosas hojas verdes y flores de todos los colores adornaban el suelo. El sonido del agua golpeando los bordes de un río nos tomó por sorpresa, habíamos encontrado una zona aún sin corromper, se sentía como si fuera la última zona del mundo que aún resistía. Llevaba tiempo sin sentir el bello perfume de la naturaleza aún viva.

Unos metros adelante, se encontraba nuestro objetivo. El jardín donde Padre nos creó. El lugar más bello que había tenido la oportunidad de ver. Cada detalle fue cuidado por él, como si fuera un regalo de nacimiento para nosotros. Sin embargo, algo me incomodaba. El jardín de Padre generalmente estaba habitado por toda clase de animales pacíficos, y no nos topamos con ninguno. El lugar podría ser corrompido pronto, debíamos acelerar el paso.

Los ecos de un metálico ruido se oían en la distancia, acompañados de un olor a descomposición repugnante. Mientras buscábamos el espejo, descubrimos el origen de tan extraña combinación. Una horda de Draugrs custodiaba el área. No muertos que normalmente se obsesionan con proteger objetos de valor, en este caso caminaban en círculos alrededor del espejo, como si supieran de qué se trata. La lámpara reaccionó en consecuencia, con más fuerza que nunca, volví a escuchar aquellas palabras.

—Sálvanos... —eran como susurros desesperados.

De seguro eran más personas que sucumbieron ante la corrupción, aferrándose a lo poco de su identidad que les quedaba, pero no podíamos rendirnos ahora. Dante me dirigió una mirada con la que comunicó todo lo que sentía. Acabar con no muertos

no suele ser una tarea fácil, podríamos estar peleando eternamente, no teníamos el tiempo para ello.

—Lu, ganaré tiempo para ti, voy a distraerlos. —revisaba su vieja espada, confiando en que aguantaría unos minutos de combate.

—¿Estás loco? Estás herido... —cuestioné su falta de prudencia. Mi cuerpo temblaba, sentí una pequeña espina clavarse en mi interior tras imaginar el resultado de su plan.

—No te preocupes por mí, confío en que resolverás la situación —sonrió amargamente—. No pierdas el tiempo peleando, flánquealos y solo... corre hacia el espejo —había algo de duda en sus palabras. Besó mi frente como si de una despedida se tratara y salió corriendo, gritando con barbarie.

Dante logró atraer la atención de las criaturas mientras yo rodeaba el perímetro. El choque de espadas llegaba a mis oídos, junto al sonido de la carne desmembrarse para luego ser unida nuevamente por la magia. El acero cayendo al suelo constantemente camuflado entre gritos de guerra. Por un instante hubo silencio... una breve pausa, antes de que el conflicto se reanudara. Sus gritos sonaban heroicos, pero seguramente estaba usándolos para ocultar el dolor de su herida, canalizando la ira en sus golpes secos para no pensar en otra cosa que no sea el objetivo.

Al no haber guardias en el área, llegué al espejo. Brillaba como aquella primera vez que lo vi. La lámpara reaccionó ante su presencia, agitándose salvajemente. Al acercarla, susurró unas cálidas palabras.

—Casa...

Extraje la llama de la lámpara. Se adhirió a mi mano como una bola de fuego a las que estaba acostumbrada, pero percibía algo diferente en ella. La calidez que emanaba no era de este mundo. Mi cuerpo se sintió atraído hacia el espejo. Mientras oía los gritos de Dante en la distancia, fui absorbida por el mágico objeto y en un instante todo se volvió oscuro.

Cuando logré abrir los ojos de nuevo, noté que estaba en un sitio que no había visto hace mucho tiempo. Una pequeña cabaña de madera rústica, hojas de papel con dibujos colgaban de las paredes, en algunas de ellas estábamos Dante y yo. Un silencio evocaba una paz sobrenatural entre esas cuatro paredes. En el fondo había una persona sentada, parecía concentrada. Entonces notó algo fuera de lugar, se dio la vuelta lentamente, y nuestras miradas chocaron.

—¿Padre? —dije, mi voz sonaba rota.

—¿Lucía? Así que lo lograron —dijo, entusiasmado—, pero... ¿dónde está Dante?

Corrí a abrazarlo. Me recibió con su amabilidad, acariciando mi cabeza como si fuera una niña. No hacían falta palabras, él entendió todo con solo ese gesto.

—¿Aún hay esperanza? No quiero que tu trabajo sea olvidado —dije entre lágrimas, aún con la voz quebrada—. ¿Puedes eliminar la corrupción?

—Mientras la corrupción no alcance este lugar, siempre habrá esperanza —dijo rascándose la cabeza, su semblante evocaba tristeza—. Sin embargo, no puedo eliminarla por completo.

Caí al suelo, desesperanzada. Él se agachó tomándome de las manos con delicadeza.

—La corrupción tiene su origen en el corazón de los lectores —dijo con una sonrisa genuina, ayudándome a pararme—. Solo soy un fragmento de la conciencia del artista que te dio forma. La llama es otro fragmento de mí, pero al no estar vivo jamás estaré completo. Puedo usarla para reiniciar todo hasta antes de la caída, evitando que todo suceda, pero ... mientras no exista alguien que los cuide desde mi mundo, el ciclo se repetirá indefinidamente.

—Entonces... traeremos la llama de regreso las veces que sean necesarias —sequé mis lágrimas con mi brazo, antes de sonreír como él nos enseñó.

—Gracias hija, no tenían por qué hacerlo —volvió a abrazarme, me tomó por sorpresa—, escogieron el camino más difícil.

Luego del abrazo, nos distanciamos parcialmente. La llama apareció en sus manos, más radiante que nunca, recuperando la intensidad con la que la vi por primera vez hace tantos años. Un destello blanco comenzó a rodear todo mi entorno.

—¡Padre! —grité desesperada—, si solo eres un fragmento de conciencia ¿dónde estás tú?

—Bueno... me gusta pensar que volví con mi creador también —sonrió como un niño—.

Cuídate, Lucía, nos volveremos a ver pronto.

—Lo tomaré como una promesa —dije, mientras las lágrimas volvieron a escaparse.

—Ah, y cuida del impulsivo de Dante por mí, por favor —soltó una pequeña risa.

Asentí, antes de que el resplandor lo consumiera todo. El silencio me abrazó, sentía como si flotara en el vacío mismo, como cuando fui creada.

Entonces abrí los ojos nuevamente, me encontraba junto a Dante frente a la plaza donde nuestro viaje comenzó. Cuando apenas los rumores de la corrupción empezaron a llegar a nuestra ciudad. De alguna forma aún podía recordar lo que viví.

—Lu, ¿lo lograste? —su rostro mostraba confusión, parecía recordar cómo yo.

Lo abracé inmediatamente, y le expliqué todo lo que Padre me dijo. La lucha continuaría hasta que alguien en su mundo tomase el rol de guardián de nuestra historia. Mientras tanto, nuestro deber continuaba.

—Oye, la próxima vez yo también quiero ver a Padre —dijo irónicamente, con los brazos cruzados.

—Si no te sacrificas tan impulsivamente puede que lo hagas —reí, tras notar que seguía siendo el mismo de siempre.

—Bueno, al menos ahora partimos con ventaja, debería ser más fácil, ¿no? —su voz sonó más seria, reflexiva.

—Tienes razón, debemos partir ahora. Lo haremos cuantas veces sean necesarias hasta que aparezca un sucesor de Padre —respondí determinada.

Un nuevo amanecer nos saludaba, los pájaros cantaban, las voces de las personas resonaban en el mercado. Quién sabe cuántas veces tendríamos que enfrentar esta situación, pero estábamos dispuestos a soportar las necesarias. Así como Padre nos cuidó, ahora nosotros cuidaremos su legado. Después de todo, esa siempre fue nuestra misión, ser guardianes de la última llama de esperanza para este mundo.